

MANUEL CHAVES

1011-6

Caja 510-cl-6387

Caja 553-cl-2341

LA MADRE



Y

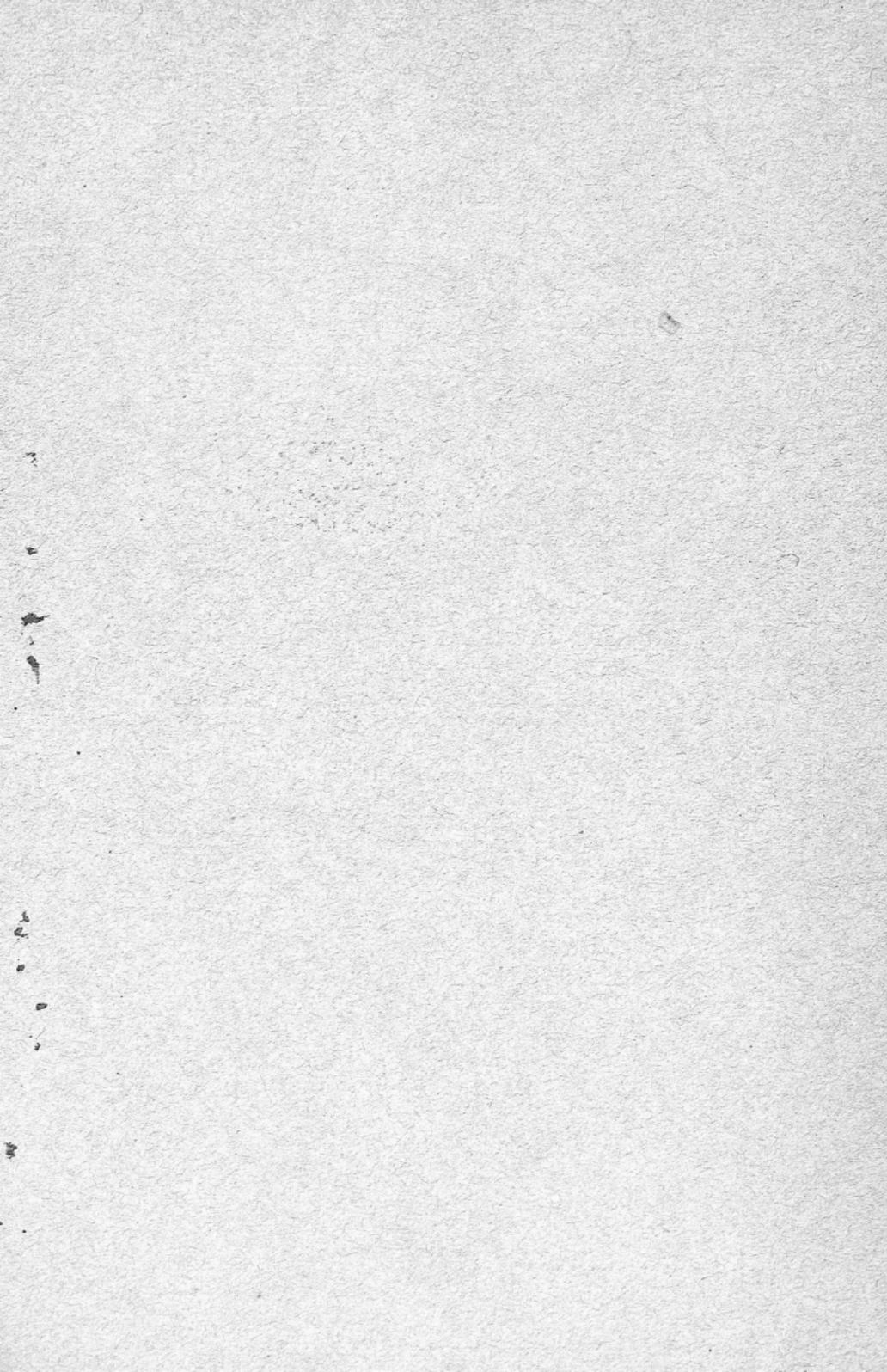
LA MUERTE

(POESÍA ESCRITA SOBRE EL PENSAMIENTO DE UN  
CUENTO DE HANS CRISTIAN ANDERSEN.)



SEVILLA

Tipografía LA INDUSTRIA, Sierpes 19.  
1899.



F. 001-68

A la Real Academia de  
la Historia *Caja 553 n. 12341*

*Manuel Chaves*



LA MADRE Y LA MUERTE



MANUEL CHAVES

---

LA MADRE



Y

LA MUERTE

(POESÍA ESCRITA SOBRE EL PENSAMIENTO DE UN  
CUENTO DE HANS CRISTIAN ANDERSEN.)



SEVILLA

—

Tipografía LA INDUSTRIA, Sierpes 19.

1899.





En todos los géneros literarios que cultivó el insigne poeta y escritor dinamarqués, Hans Cristian Andersen (1805-1875), en ninguno logró sobresalir ni alcanzar tanto renombre como en el *cuento*, para el que estaba dotado de privilegiadas condiciones. Los cuentos de Andersen han sido traducidos á los principales idiomas de Europa, y de ellos se han hecho multitud de ediciones, que nunca el público se ha cansado de leer. «La nota característica de tales producciones—apunta un crítico—es la pureza, la delicadeza y la suavidad, así en la parte literaria, como en su sentido moral y filosófico.»

En la colección de estos cuentos, figura uno titulado *Historia de una madre*, cuyo bellissimo pensamiento he utilizado para escribir la composición que sigue, dándole el nombre de *La Madre y la Muerte*.

Tres son las distintas traducciones al castellano que conozco de la *Historia de una madre*: la primera pertenece á D. Mariano Blanch, que la publicó en *El*

*Mundo Ilustrado* (volumen primero, 1879). La segunda se debe á D. José Roca y Roca, que la dió á conocer en el tomo de *Cuentos de Andersen*, editado<sup>s</sup> por la *Biblioteca de Artes y Letras* (Barcelona, 1881), y la última ha sido hecha más recientemente por la Duquesa de la Torre, é inserta en varios periódicos y revistas de la Península.

Estas traducciones contienen algunas variantes de importancia, no habiendo sido ninguna hecha directamente del original danés. Con ellas á la vista, suprimiendo algunos pasajes que he creído conveniente al convertir en una composición poética la narración en prosa, formando los versos enteramente míos y dándoles todo el carácter que me ha sido posible, para que se ajustasen á las reglas de metrificación clásica, me ha parecido que el hermoso cuento de Andersen, será leído con gusto en forma distinta completamente á aquella en que hasta aquí la conoce el público.

El pensamiento de la *Historia de una madre*, que tiene todo el sabor de los cuentos populares del Norte, tal vez fué recojido por Andersen de boca de este mismo pueblo, y revistiéndolo con las brillantes galas de su ingenio peregrino, logró darle un renombre universal como nunca en manos de otro autor hubiere alcanzado.

¡Maravilloso poder el del genio!...

I

La noche de diciembre tenebrosa  
llegaba á su mitad: el cierzo helado  
las ramas de los árboles desnudos  
hacía estremecer; nieve abundante  
caía sin cesar, y el pueblo entero  
sin cuidados al sueño se entregaba...  
En pobre hogar y de temores llena  
una mujer velaba á tales horas,  
sentada ante la cuna donde un niño  
sin esperanza de vivir moría.  
Llamaron á la puerta de repente,  
la abrió la madre y penetró en la estancia  
un decrepito anciano tembloroso  
de cansancio y de frío molestado,  
que de una larga capa iba cubierto.  
En tanto que solicita la madre  
la lumbre aviva en la amplia chimenea  
el viejo se sentó junto á la cuna  
y comenzó á mecerla dulcemente.  
Pálido estaba el niño; de sus labios  
triste gemido ténue se escapaba.;  
inmóviles estaban sus pupilas  
y su cuerpo también yacía inmóvil.

De las pasadas noches el insomnio  
á la pobre mujer hizo un instante  
reclinar poco á poco la cabeza.  
El sueño la venció; pero muy luego  
á un golpe extraño despertó asustada;  
de su angustiado pecho salió un grito  
desgarrador... El aterido anciano  
no estaba allí y en la revuelta cuna  
faltaba el hijo que labró su dicha.  
El silencio era grande: únicamente  
lo turbaba el tranquilo y compasado  
golpe de un gran reloj: sus viejos muelles  
saltaron de improviso y con ruido  
el péndulo paróse y cayó roto...

## II

Anonadada, ciega, delirante  
corrió la triste madre al campo helado,  
llamando al tierno niño, aquel que era  
sér de su sér, y encanto de su vida...  
Sobre la espesa nieve del camino  
halló sentada una mujer hermosa  
de una hermosura dulce, y cuyos ojos  
eran negros, tan negros como el manto  
que su cuerpo envolvía y que azotaba

con poderoso empuje el fuerte viento.

La mujer la paró:—No sigas (dijo) esa veloz carrera, escucha ahora: la Muerte ha entrado en tu modesta casa y hace un instante apenas que la he visto pasar cerca de mí, llevando en brazos al hijo que adoraste: no prosigas, porque la Muerte ¡desdichada! nunca os devuelve los seres que arrebató.

—Dime no más la senda que ha seguido (la pobre madre contestó gimiendo): yo alcanzaré á la Muerte en su carrera, si las huellas me indicas de su paso.

—Así lo haré más quiero que ahora mismo me cantes, pues es cierto que me agradan esas canciones llenas de ternura con que arrullabas de tu niño el sueño. Yo soy la Noche, yo escuché tus cantos y te he visto llorar cuando las notas llegaban hasta mí de tus cantares—  
...Y la madre cantó, y, al fin, la Noche le dijo de su canto conmovida:

—Sigue esa senda que á la izquierda tienes y entra en el bosque de elevados pinos; por allí va la Muerte caminando.—

Corrió la madre, más se halló suspensa

en el fondo del bosque, porque había muchos caminos á diversos puntos, y á un zarzal espinoso que cubierto de endurecida nieve cerca estaba preguntó entre sollozos con voz débil:

—¿Viste pasar la Muerte con mi niño?

—Si; más no esperes que te diga á dónde si en tu seno mujer no me calientas; que este frío glacial me tiene helado.—

Ella, sin pronunciar otras palabras el zarzal apretó contra su pecho, y aunque agudas espinas se clavaban en sus carnes, callóse, y pronto el árbol se cubrió de verdura cual si el fuego sintiese de temprana primavera:

¡Tan intenso calor guarda escondido el pecho de una madre desolada!...

Por la senda siguió que le mostraron y otra vez se detuvo; que á sus ojos un anchuroso lago se extendía.

Pasarlo era preciso, pero, en tanto, ni tan helado estaba que pudiese por el andar, ni líquido tanto para cruzarlo á nado. La infelice se inclinó á beber agua: en su demencia, creyó que el lago quedaría enjuto.

Este le dijo á poco: —Lo que intentas no es posible, mujer. Tus negros ojos me gustan en extremo, me parecen dos negras perlas. Si llorando mucho, dejases tus pupilas en mi fondo te pasaré á otra orilla, donde tiene la Muerte su jardín, que cada planta es la vida de un niño sobre el mundo.— Lloró la madre más, y lloró tanto, que en el lago cayeron sus pupilas convirtiéndose en perlas deslumbrantes: ¡perlas como jamás las ostentara collar preciado ni imperial corona!...

### III

Al encontrarse ya en la opuesta orilla la ciega murmuró: —¿Más de qué modo conoceré á la Muerte, si no puedo ni, verla, por mi mal?—Aun no ha llegado,— con voz cascada respondió una vieja que guardaba el jardín.—¿Podrás decirme cual es mi niño entre las muchas plantas que me han dicho que aquí la Muerte cuida?

—Lo ignoro por completo: en esta noche varias plantas pequeñas se han secado;

busca á tientas: tal vez, al fin, conozcas  
la que encierra la vida de tu hijo.

Más ¿qué me dás porque te diga luego  
lo que tienes que hacer cuando lo encuentres?

—¡Nada tengo que dar por mi desdicha!

—Oye, me gustan mucho tus cabellos  
¡son tan negros, tan finos y abundantes!  
si quisieras trocarlos por los míos  
blancos y secos.—¡Sí! vengan los tuyos:  
¡qué se me importa ya de mi belleza!—

La ciega recorrió el jardín frondoso:  
¡Inmenso campo aquel; fuera imposible  
el abarcarlo todo humana vista!

De extrañas formas, de colores varios,  
eran las plantas miles, miles eran  
los corazones que latían á un tiempo  
en sus delgadas y flexibles hojas...

Con orgullo elevábanse unas flores  
llenas de savia, rebosando vida;  
otras tristes, marchitas, se inclinaban  
hasta tocar el polvo de la tierra.

Después de haber andado unos instantes  
la madre entre las plantas, lanzó un grito  
y—¡Aquí mi niño está!—dijo extendiendo  
los brazos hacia tierna florecilla.

—No la toques, mujer, clamó la vieja;

cuando se llegue rápida la Muerte  
y á arrancar esa planta se disponga  
tu le podrás decir que si tal hace  
y la existencia mata de tu hijo,  
en otras ciento tomarás venganza;  
y eso le asustará, porque ella tiene  
que darle cuenta á Dios de los millones  
de vidas que aquí están á su cuidado.—  
En esto se escuchó lejano trueno,  
y la Muerte llegó — ¿Cómo has podido  
hasta aquí penetrar? — le dijo airada.  
La triste ciega contestó: — Soy madre.—  
Y al alargar la Muerte el seco brazo  
para cortar la florecilla enferma,  
la mujer se interpuso, pero á un soplo  
inmóviles sus manos se sintieron.

— Conmoverte no puedo, pero al punto  
voy á arrancar las flores de otras vidas —  
gritóle de dolor y angustia loca.

— No lo harás, infeliz: ¿pues de otras madres  
no te acuerdas tal vez en tu delirio?  
Toma tus ojos, los cogí en el lago,  
y mira ya á este pozo atentamente  
en donde el porvenir verás de aquellas  
dos florecillas que cortar quisiste.  
Y con ansia miró dentro del fondo.

En una vida todo eran venturas  
y dichas y contento: era en la otra  
todo aflicciones, penas y quebrantos

—La voluntad de Dios así lo quiere  
(la Muerte murmuró);—baste el decirte  
que de esas existencias era una  
la del pequeño por quien tanto lloras...  
Cayó entonces la madre de rodillas,  
exclamando:—Dios mío, no concedas  
lo que tanto he rogado de tu gracia  
libra de tanto mal como le acecha  
al tierno y adorado niño mío  
y llévatelo lejos de este mundo  
en donde maldecido iba á ser siempre  
y por toda su vida desgraciado.  
Tu voluntad no más debe cumplirse;  
¡Ay! no atiendas los votos que yo hacía.—

...Y entre tanto la Muerte huyó ligera  
con la pequeña planta, á las regiones  
desconocidas, mientras dulces cantos  
en el radiante cielo se escuchaban.

